

Carlos Isla (1)

22/05/2012
Política
Nuevos movimientos
sociales en Chile y su
contexto

17/05/2012
Política Sectorial
Evaluación de Políticas
Agropecuarias en Chile
1958-2005. Parte IV

14/05/2012
Política Sectorial
Evaluación de Políticas
Agropecuarias en Chile
1958-2005. Parte III

10/05/2012
Política Sectorial
Evaluación de Políticas
Agropecuarias en Chile
1958-2005. Parte II

08/05/2012
Sociedad
La secularización y el
agotamiento de la religión

03/05/2012
Política Sectorial
Evaluación de Políticas
Agropecuarias en Chile
1958-2005. Parte I

Chile ha sido escenario de una multitud de movimientos sociales de protesta durante los últimos años. La proliferación de estas formas de acción ciudadana se ha enmarcado bajo diferentes demandas y preocupaciones; ya sean éstas como efecto de identidades culturales (Rapa Nui, Mapuches), ecologistas (movimiento “Patagonia sin represas”, punta de Choros) o movimientos ciudadanos pro mejorías educacionales o de distribución de riquezas (movimiento por la educación, movimiento por Aysén, Calama, etc.). Dar con el conjunto de factores que influye para que este tipo de movimientos tengan lugar, así como con las condiciones bajo las cuales éstos emergen, no es tarea fácil. La teoría especializada lleva décadas intentando encontrar aquellos aspectos que permitan alertar sobre el surgimiento de movimientos de protesta. Si bien se han conseguido avances, no son lo suficientemente acabados para entender en un cien por ciento el fenómeno (2).

En este artículo, sin embargo, se intentará dar con algunas claves que explican el surgimiento de los descontentos y demandas ciudadanas expresadas en movimientos y marchas, para y por la ciudadanía, con el fin de bosquejar qué condiciones nacionales propulsan la manifestación de estos fenómenos ciudadanos. Ello, sin perjuicio de otros procesos que podrían influir en este aspecto, ya sean como factores o posibles soluciones(3). En primer lugar discutiremos las formas de organización y distribución del poder social en el Estado chileno, y cómo la estructura política de la nación influye en las fórmulas de integración política y social. En segundo lugar se discutirán los modos específicos en que emergen estos movimientos sociales, tomando para ello aspectos culturales y organizativos, con el propósito de proyectar las formas de acción que toman éstos en el contexto sociopolítico de la nación.

El Estado chileno frente a los movimientos sociales

A diferencia de las sociedades europeas, donde se cuenta con un Estado Social y Democrático de Derecho con herramientas más eficaces y rendimientos estructurales más potentes de intervención y regulación, en pos de una reducción de las asimetrías provocadas por el mercado; en nuestra región las pretensiones de integración se dirigen hacia un Estado de carácter distinto. Latinoamérica, en general, se estructura en torno a la primacía del Estado como ente regulador, pero éste es cuantitativa y cualitativamente distinto. Este Estado, a diferencia de un Estado social y democrático sustantivo, si bien permanece en un lugar central de la conformación social, no cuenta con las capacidades que aseguren una acción de mayor protagonismo, siendo estructural y funcionalmente más débil que el europeo.

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Sin embargo, a pesar de ello, en Chile y en Latinoamérica, éste mantiene una posición prominente en la sociedad. Tal escenario, genera una estructura de relaciones asimétricas, verticales y jerárquicas en la relación de las diversas instituciones y la ciudadanía con el Estado. Esto se refleja en las formas de integración por indiferenciación (4) que el Estado tiene frente a la ciudadanía y frente a los demás sistemas: las formas heredadas del modelo portaliano han perdurado en el modo en que éste se posiciona en la cúspide de la estructura social, desde donde genera una mirada paternalista hacia los estratos ciudadanos a los que (pretende) integrar. Esto implica que sus modos de integración no reconozcan las diferencias; generando una visión plana sobre la heterogeneidad en materia de diferencias étnicas, religiosas, regionales, etc.

Por otro lado, las fuerzas económicas provenientes del sistema neoliberal que ingresan en las últimas décadas en los programas de desarrollo latinoamericano; provocan que el Estado pierda control sobre sus consecuencias: la pérdida de los vínculos humanos y la importancia del trabajo (5), la extrema individualización bajo la lógica de consumo, y la incansable búsqueda de utilidades de las empresas transnacionales (6). Ello pone al Estado en desventaja frente a las formas económicas neoliberales, quedando al margen de una posible regulación.

Pese a todo ello, el Estado continúa siendo aquel espacio prominente hacia el cual se dirigen todas las demandas ciudadanas y movimientos sociales. De allí que la sobrecarga de solicitudes hacia este tipo de Estado débil, junto a una esfera económica independiente de sus orientaciones; acaben por debilitarlo aun más, limitando su capacidad de respuesta frente a los conflictos que aparecen en la agenda pública.

Nuevos movimientos sociales en Chile

Los argumentos anteriormente presentados nos permiten abordar las formas bajo las cuales los nuevos movimientos han tenido lugar en Chile, logrando una mirada que se apoya sobre el hilo conductor que los motiva y los determina como acontecimientos que no refieren a un hecho aislado, sino que responden a reacciones que se encuadran dentro de un contexto específico y que se desenvuelven bajo un símil común.

Para lograr ubicar la forma en que estos movimientos se desarrollan según el contexto sociopolítico de la nación, utilizaremos el esquema propuesto por Lipset y Rokkan (7) en un estudio de sociología comparada que éstos realizaron sobre los sistemas de partidos y su relación con los bloques de votantes (Cleavages) en diversos países. Tal esquema presenta las interrelaciones entre los diversos grupos y el Estado. Se entiende por Cleavages líneas de conflicto social, que usualmente se expresan a través de partidos políticos. Sin embargo, en el caso chileno, estas líneas de conflicto no han sido explotadas por los partidos, sino por los movimientos sociales.

Según los autores mencionados, estas líneas de conflicto pueden ordenarse según la forma que toman estos grupos, emergen identidades y cómo despliegan sus respectivos intereses. Apoyados en el modelo parsoniano (8), tenemos por un lado la dicotomía territorial (9), configurada por el eje de intercambios entre oposiciones locales/regionales (comunidades, asociaciones y/o agrupaciones que comparten intereses y visiones comunes dado su símil en condiciones de vida) y las elites nacionales (política). Y por otro lado la dicotomía funcional entre oposiciones de intereses concretos (demandas por bienes materiales) y oposiciones ideológicas.

Muchos de los nuevos movimientos sociales surgidos en Chile durante los últimos años, trascurren desde su origen en el eje de oposiciones locales/regionales, -donde emergen componentes culturales o identidades- hacia la dimensión funcional de intereses concretos. Es contraproducente argumentar que las acciones colectivas se generen exclusivamente como fórmulas de acción destinadas desde un perfil únicamente político (dadas sus demandas) (10), ya que “el surgimiento de los problemas no es un proceso evidente, sino que hunde sus raíces en conflictos simbólicos y culturales sostenidos entre diferentes actores” (11). Al mismo tiempo, tales lógicas de cohesión ciudadana, establecen un principio de identidad que fomenta el reconocimiento y la creación de colectividades, llevando a diversos actores heterogéneos a comprometerse bajo un propósito común y un compromiso compartido en un movimiento que trasciende intereses individuales; lo cual genera un cuerpo estabilizado para la posterior acción colectiva que, según las condiciones que se crean en un grupo o colectividad, decantan en demandas específicas dentro de nuestro esquema. Piénsese en las formas de identidad cultural que los diversos movimientos han generado: desde la auto descripción de los Aiseninos como “Patagones” (incluidos los puntarenenses), la aparición del joven apolítico en el movimiento estudiantil, hasta los más obvios como la cultura Rapa Nui y Mapuche.

En Chile, en particular, los movimientos como el de Aysén, Calama, Rapa Nui, Mapuche, Puntarenense, etc. se despliegan desde una emergencia de propiedades locales, culturales e identitarias, hacia un movimiento regional unificado bajo principios comunes que tales colectividades locales comparten (desde riesgos generados por la extracción de recursos, condiciones geográficas y medioambientales, intereses administrativos, fiscales y políticos; hasta reivindicaciones por autonomía e independencia). Según nuestro esquema, la acción de los movimientos nacionales se extiende desde el eje territorial determinado por las formas identitarias y culturales, hacia demandas funcionales de intereses concretos. Así por ejemplo, las demandas están dirigidas principalmente hacia intereses materiales concretos (gratuidad para el movimiento estudiantil, precio bienes en Aysén y Rapa Nui, mayor participación en los ingresos fiscales en el caso de Calama, o recuperación de territorio en el caso Mapuche).

En tal contexto, la emergencia de cleavages territoriales se enmarca en la lógica de centro/periferia; conformándose descontentos que alimentan la identidad de lo local a partir de la distancia geográfica, administrativa y política de las regiones respecto a los centros de control de decisiones. De este modo, por ejemplo, el surgimiento de demandas ciudadanas impulsan un tipo de descontento ciudadano que se enfrenta a las formas jerárquicas/centralizadas de distribución territorial. Así, el enemigo que tales agrupaciones identifican, es un complemento conformado por el Estado y la gestión territorial inherente a él. Como consecuencia de ello tenemos entonces una pugna entre las capacidades de conectividad que la región demanda (en el caso de los movimientos regionalistas), y las pretensiones de integración que de allí se desprenden.

Si bien las demandas se enmarcan desde lo identitario y local hacia bienes concretos, es incuestionable, tal como se argumentaba anteriormente, que ingresan componentes ideológicos en el proceso. Así, por ejemplo, influyen factores históricos, en el caso de movimientos más culturales como el Pascuense y el Mapuche; o posturas de identidad apolítica contra el orden político establecido, como en el caso del movimiento estudiantil. Sin embargo, tales componentes se mezclan con el aspecto material al cual las demandas apuntan, produciéndose una externalización de la frustración, lo cual refleja el componente material necesario para la subsistencia diaria y para el sustento de una identidad local o material específico. En el caso del movimiento estudiantil es más difícil evidenciar esto, no obstante, es posible establecer una distinción de corte generacional, enfocada hacia reminiscencias de la dictadura como la “Constitución de Pinochet” (consigna muy escuchada en las movilizaciones), que genera una postura de rechazo hacia

formas institucionales que atentan contra las “nuevas generaciones” y que coinciden con frustraciones en otras esferas ciudadanas, lo que explica la identificación y el apoyo ciudadano al movimiento.

Pese a que, como veíamos, los movimientos de nuevo cuño en Chile se desenvuelven desde lo territorial (incluyendo tópicos como la identidad y la cultura) a lo funcional (reclamo por intereses concretos e ideológicos/culturales); todos ellos apuntan sus dardos hacia el Estado y al manejo político del país. Por tanto entran en la palestra cuestiones como la distribución territorial del poder, la representación política de sectores excluidos y de grupos emergentes, e incluso la calidad democrática del sistema político chileno. Intuitivamente pareciera que, si bien los movimientos toman formas de acción alejadas de los mecanismos tradicionales de la política, de todos modos se enfocan hacia la resolución política institucional y hacia la demanda por una integración más efectiva. De allí, se puede concluir que los espacios en que se manifiestan movimientos sociales pueden ser susceptibles de encaminar hacia los canales tradicionales de la política y no reflejarían, necesariamente, expresiones por fuera del ámbito de la acción política convencional.

Inclusión y representación

Resulta evidente que ciertos procedimientos efectuados por los movimientos sociales se escapan de lo que llamaríamos “formas tradicionales de acción política”; sin embargo, a posteriori parecen coincidir a la hora de dirigir sus reclamos hacia el sistema político en busca de sus demandas e intereses. Esto pone al Estado en riesgosa situación: debe contrarrestar el descontento ciudadano y asegurar ciertos niveles adecuados de bienestar, atacando esferas que se encuentran por fuera de su alcance; debido a que al enfrentar demandas por intereses concretos (distribución de riquezas) se enfrenta a una economía que corre a un ritmo muy superior a él. De esta manera, se produce una fricción de fuerzas que limita al Estado a inyectar regulaciones de corto y mediano plazo que suavicen los efectos de lógicas económicas que, sin embargo, afectan en el largo plazo provocando desigualdades.

Resultado de ello es que el Estado se vea forzado, dentro del contexto latinoamericano, a ser el blanco al que se dirigen las críticas y presiones ciudadanas; reaccionando solo con medidas que, o son nocivas para una democracia saludable (como represión o mala gestión (12)), o que devienen insuficientes e inestables; dado el retroceso de fuerzas que implica enfrentarse al sistema económico - el cual cuenta con un dinamismo mucho mayor. Al estar las demandas dirigidas hacia el Estado, y al encontrarse éste limitado en sus funciones, se pierden las capacidades para generar estrategias que conecten de manera más eficiente al Estado o el sistema político con la ciudadanía y los sectores o movimientos emergentes.

Por ello, el Estado reacciona exasperadamente aplacando lo que a corto plazo demanda un movimiento: esto es, sus peticiones a intereses concretos (demandas por cuestiones materiales); y deja de lado estrategias que apunten directamente al fondo de la frustración ciudadana. Y este fondo reivindica principios de inclusión y representación más efectivas y flexibles, que estén atentas a las condiciones cambiantes en el contexto de fuerzas económicas desbordantes y que se adecúen al perfil de quienes sufren los embates de tales procesos.

En resumen, podemos asumir el despliegue de los nuevos fenómenos de movimientos sociales en Chile de la siguiente manera: en primer lugar surgen bajo determinadas características culturales y de identidad, lo cual determina tanto los posteriores desarrollos del movimiento, como la forma en que las frustraciones y descontentos generan niveles de organización que permiten la coordinación hacia una acción colectiva

compartida. En segundo lugar, al estar el Estado sometido al acelerado movimiento de los procesos económicos neoliberales, queda en posición desventajada (dado sus procesos de modernización atrasados respecto a ellos). Producto de esta fricción, es que el Estado se limita a reaccionar contingentemente apaciguando las demandas que apuntan directamente a cuestiones materiales, y desatendiendo una forma efectiva de conexión con un entorno ciudadano en constante movimiento y a la, también constante, generación de reveses que éste sufre.

Finalmente, es indiscutible la urgente necesidad de procesos de democratización territorial, de efectiva inclusión de sectores excluidos y nuevas formas de emergencia de descontentos ciudadanos atendiendo las diferencias. Con el propósito de que la conducción política asegure mecanismos de cohesión y gestión que coincidan con las condiciones cambiantes que generan los procesos económicos, y que ataquen de forma sustantiva los descontentos ciudadanos; es que no se debe limitar a la resolución de conflictos contingentes por medio de la entrega de los recursos materiales demandados, sino que a su vez debe asegurar que las líneas de conflicto social sean encausadas mediante mecanismos políticos democráticos que actúen a largo plazo.

La necesidad de estos mecanismos radica en que “un sentido de pertenencia colectivo puede perdurar incluso después de que una iniciativa o campaña específica haya concluido” (13), asunto que evidencia que los movimientos no se delimitan temporalmente; lo cual claramente demanda la necesidad de contar con mecanismos políticos de largo alcance y de mayor calidad democrática.

- (1) Estudiante de Sociología. Universidad Alberto Hurtado: Alumno en práctica CED.
- (2) Algunos autores que han volcado sus esfuerzos en tamaño empresa, son entre otros: Manuel Castells, Alain Touraine y Clauss'Offe.
- (3) Como se verá más adelante, la regulación jurídica podría tener un papel importante que jugar en ello.
- (4) Sin diferenciar aquello que pretende integrar.
- (5) La desintegración social aumenta en la medida que el trabajo *“pasa por un fuerte proceso de fragmentación, de individualización y de desafiliación o de pérdida de sus referencias y soportes institucionales; aspectos todos ellos que configuran tanto el cuestionamiento de su centralidad social como su devaluación en cuanto objeto político real, subordinado siempre al discurso de la competitividad y el mercado”*. Luis Enrique Alonso, *“Crisis de la sociedad del trabajo y ciudadanía: una reflexión entre lo global y lo local”*, en Política y Sociedad, 3, Madrid, 1999, pág. 8
- (6) Para más detalles de cómo el capitalismo gana terreno sobre las funciones de la política, tambaleando sus funciones reguladoras, revítese: Boltanski, Luc y Chiapello, Éve. *“El nuevo espíritu del capitalismo”*, Ediciones Akal S.A. 2002 y/o Bauman, Zigmunt. *“Modernidad Líquida”* Fondo de cultura económica, 2006. Para los procesos de creación de identidad en el contexto del consumo en Latinoamérica, revítese: Larraín, Jorge *“Identidad Chilena”*, Ed. Lom, 2001.
- (7) Lipset, Seymour Martin y Rokkan, Stein: *“Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales”*, en *“Diez textos básicos de ciencia política”* (1992), Editorial Ariel, S.A. Barcelona
- (8) El esquema AGIL de Talcott Parsons clasifica las funciones de un sistema social en cuatro ejes: Adaptación: lugar donde se encuentra la economía; Goal attainment (Logro de Objetivos): la política; Integración: Comunidades y asociaciones; y Latencia (Mantenimiento de funciones sociales): familias, escuelas.
- (9) Se habla de dicotomía territorial no limitándose solo a su sentido geográfico, sino que extendiendo el sentido de éste al paso de demandas que se generan en grupos que comparten condiciones sociales de vida hacia las esferas políticas.
- (10) Existe una interesante discusión a propósito del movimiento Mapuche en Mascareño, Aldo (2007) *“Sociología de la cultura. La deconstrucción de lo mapuche”* y Larraín, Jorge (2007): *“Sobre “Sociología de la Cultura: la deconstrucción de lo mapuche”, de Aldo Mascareño”* y Mascareño, Aldo (2007) *“La cultura de las teorías de la cultura. Réplica al comentario de Jorge Larraín”*. Todos disponibles en www.cepchile.cl
- (11) Della Porta, Donatella y Diani, Mario (2011): *“Los Movimientos Sociales”*, Centro de investigaciones sociológicas, Editorial complutense S.A. Madrid
- (12) Para detalles sobre este tópico, véase el informe número 950 Prof. Andrés Sanfuentes *“Aysén y el mar de fondo”*, disponible en este misma plataforma.
- (13) Della Porta, Donatella y Diani, Mario (2011): *“Los Movimientos Sociales”*, Centro de investigaciones sociológicas, Editorial complutense S.A. Madrid. Pág. 46.